

—Nº 93—

ALMACEN
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 19 DE FEBRERO DE 1845.

Memoria

LEIDA

POR EL SECRETARIO DEL ATENEO CIENTIFICO Y LITERARIO DE MADRID

EL DIA 29 DE DICIEMBRE DE 1842.

Señores:

Los Estatutos del *Ateneo* previenen en uno de sus artículos, que al llegar el fin de cada año se dé cuenta en sesion extraordinaria de los trabajos hechos y de los adelantos obtenidos por esta corporacion científica; medida útil y acertada, que tiene por objeto alimentar el interés de los señores socios, despertar en su ánimo nuevos estímulos para en adelante, y proporcionarles respecto de lo pasado satisfaccion y recompensa.

Pero, señores, despues de algunos años de tanto esplendor para el *Ateneo*, que era dado mas que sobrepujarlos ó igualarlos, volver á ellos los ojos con harto sentimiento y noble envidia, no parece obra fácil y hacedera teger un resúmen, que á pesar de lo áspero y tormentoso de la época, conservase

íntegra é ilesa la elevada reputacion que acertó á conseguir ántes de ahora. Asi lo recelaba yo mismo temiendo sinceramente que este resultado naciese, despues de otras causas, de haber sido mas puro y mas vivo, que feliz y atinado el celo de la Junta directiva; pero esta idea desconsoladora se ha desvanecido, señores sócios, al examinar sériamente vuestros dignos esfuerzos y útiles trabajos. La gloria es toda vuestra, nada reivindica en ella la Junta á favor suyo, y esta consideracion me dá mayor holgura para bosquejarla con matices halagüenos; porque no podrán achacarse á una vanidad infundada y pueril de nuestra parte, los elogios que á vuestro merecimiento se le deben.

El *Ateneo*, señores, este asilo sagrado y apacible de las ciencias y las letras en España, esta reunion de hombres en su mayor parte profundamente consagrados al estudio, ha tenido la suficiente energia para elevar su ánimo desde la contemplacion de las miserias y desgracias que durante medio siglo van derramando hiel y amargura en las entrañas de un pueblo generoso, á la hermosa esperanza de mejores tiempos; que no siempre ha de vivir humillada, abatida, postrada como en lecho de muerte sobre una hoguera de enconos y discordias, la nacion hidalga que suministró en mas de una época páginas honrosas y eternas á la historia.

El *Ateneo* haciéndose superior á una intolerancia menguada y suspicaz, porque todas las opiniones y todos los sistemas caben holgadamente en el campo neutral y generoso de la ciencia; apartando su vista de hechos pasajeros y fugaces que desaparecerán tan rápidamente como huellas estampadas en movediza arena; íntimamente penetrado de que sus esfuerzos y tareas debian dirigirse mas que á los intereses presentes, á los intereses venideros, mas que á la generacion de los hombres que hoy existen, á la generacion que se está formando en la amarga escuela de los desengaños, y en la noble enseñanza de los infortunios, conoció que en la instruccion se encierra la gloria, el poder y el porvenir de las naciones, meditó en que la inteligencia es el alma de las sociedades, que sin ella las sociedades son un cuerpo inerte, un cadáver frio, como lo es el cuerpo del hombre cuando el alma rompe los vínculos que le ligan á la tierra; y dijo: la instruccion será el objeto de mis afanes; yo derramaré sobre la juventud española los tesoros de la instruccion y de la ciencia. ¡Grande y sublime propósito, que ha sido coronado por una realidad grande y sublime!

Hay, señores, ánimos débiles y asombradizos que recordando las negras semillas de duda, de impiedad, de subversion y de discordia arrojadas por algunos hombres eminentes de la última mitad del siglo XVIII en el vasto campo de las ciencias religiosas, morales y políticas, temen á la instruccion como un escollo, la desiguan como un elemento peligroso y acaso les contiene únicamente la frágil muralla de un escrúpulo para que no cañonizen la estúpida, y somera tranquilidad de la ignorancia: hay otros menos disculpables tal vez, porque no ha influido en sus convicciones la memoria abrumadora de grandes calamidades y desastres, que solo encuentran en el estrecho círculo de los intereses materiales el camino que puede conducir al engrandecimiento y á la prosperidad de las naciones: aquellos convierten á la ignorancia en un escudo contra la instruccion: estos la consideran como una cosa útil; aquellos la rechazan: estos la desprecian. Pero unos y otros incurren en error y en extravío: á unos y á otros se les debe impugnar con igual fuerza.

Es lastimosamente cierto que los hombres de colosales dimensiones, los

sabios que dieron impulso y señalaron cauce á la instruccion en la centuria precedente, á vueltas de grandes beneficios, atrajeron sobre la humanidad con sus doctrinas catástrofes sangrientas y agitaciones convulsivas que han llevado por espacio de medio siglo la revolucion y la guerra por el mundo. Es lastimosamente cierto que desmintiendo y aberrojando por un momento á la conciencia universal, se renegó entónces de Dios y se derribaron por el suelo sus altares, se blasfemó entonces de la monarquía, y unos tronos fueron combatidos, y otros derrocados. Es lastimosamente cierto que el poder humano y el poder divino se desplomaron á la par; que la historia, las tradiciones, la conciencia, todo quedó hollado: todo quisieron cubrirlo con una lluvia de cieno, la rebelion y la impiedad; pero en vano, señores; penétrese ligeramente bajo la corteza de esos acontecimientos pavorosos, hágase disecion sin profundizar hasta las entrañas, de su cadáver formidable, y se encontrarán hondas razones de alabar á la Providencia y de reconocer su omnipotente y santo influjo en los destinos de los hombres. No; el sentimiento religioso no se habia extinguido en la conciencia de los impíos; el sentimiento social latia siempre en los corazones de tigre de los niveladores revolucionarios; se habia extraviado únicamente, y como en su sacrilego extravio hallasen un vacío inmenso, un abismo aterrador, satisficieron al sentimiento de Dios, divinizándose á sí propios: al sentimiento de la autoridad humana, trasladando el poder de las manos antiguas á otras nuevas. De este modo hicieron pacto abominable el orgullo reformador y la conciencia religiosa de aquellos hombres: de este modo trasigieron féamente su loca ambicion y los instintos de sociabilidad que la tradicion y la historia habian encarnado en su cerebro á pesar de ellos. Pero una obra tan monstruosa, una alianza tan deforme no podia menos de derrocar por su propio peso en medio de la reprobacion universal, sin escluir la de aquellos mismos que habian sido instantánea y pasageramente alucinados. El sentimiento de la divinidad y el sentimiento de la autoridad humana volvieron á presentarse á los ojos y á la conciencia de los hombres en toda su magnificencia y su pureza, y nuestro siglo mecido en la cuna de un materialismo repugnante y amamantado entre revoluciones que encendieron la guerra y derramaron la inquietud por todo el orbe, conforme iba llegando á la madurez y la esperiencia, sintió la necesidad de un Dios y le encontró: quiso conciliar el órden con la libertad y halló en la institucion secular y venerable de los tronos el primer elemento para conseguirlo: Dios no abandonará ya el siglo XIX á los errores de su infancia: la Cruzada contra los Reyes, que heredó del anterior, se ha debilitado, está espirando; y, Señores, estos beneficios á la instruccion son debidos, obra son de la inteligencia tales resultados.

La Providencia permitió los desafueros de la impiedad para corregir la intolerancia y la rigidez del fanatismo: la Providencia consintió el desenfreno de las revoluciones como castigo y azote de las demasías de los Reyes, y luego los revolucionarios encontraron y encontrarán tambien en todas partes su azote y su castigo; pero nunca desapareció ni desaparecerá del mundo, forzoso es repetirlo, el gérmen de los principios consoladores sobre los cuales gira y descansa la existencia insondable y magnífica del hombre: la idea de Dios y la idea de la autoridad: el poder religioso y el poder social.

Las ciencias y las letras han sido el instrumento de esta regeneracion consoladora: la mano poderosa que les ha dado impulso y direccion se oculta á nuestras miradas, pero nuestro pensamiento penetra hasta su altura, y

alli donde le encuentra, se postra ante su nombre y le bendice, porque permitió que una instruccion sólida y pura redimiera los errores perniciosos y brillantes de otra instruccion estraviada, aunque en parte provechosa.

A la instruccion, por tanto, lejos, muy lejos de rechazarla se la ha de amar, Señores, con aquel amor intenso, tranquilo, inefable que profesamos á las personas de quienes hemos recibido la existencia, porque la instruccion es tambien nuestra madre en el mundo literario, porque ella vela sobre nosotros incesantemente y prolonga en cierto modo nuestra frágil vida, asegurándonos una carrera honrosa y apreciable, reputacion entre nuestros contemporáneos y gloria para la posteridad. Verdad es que el talento, sobre todo en ciertos géneos privilegiados, es por sí solo capaz de grandes cosas, pero la instruccion le consolida, le embellece, le presta cierto relieve y magestad, á la manera que el diamante más puro recibe de mano del lapidario adornos estraños que aumentan su brillantez y galanura.

Yo sé bien que las grandes verdades, las verdades que constituyen principios fundamentales y eternos, están enlazadas por medio de vínculos estrechos, independientes del querer y de la instruccion de los mortales, sé que es difícil alterarlas por largo tiempo y borrarlas, imposible; sé que la inteligencia de los hombres no las ha creado y que existen en la razon universal, ora las veamos, ora cerramos los ojos á su luz; pero no puede negarse que el hombre sólidamente instruido las conoce con más claridad, las grava en su conciencia de un modo indeleble, las explica con lucidez irresistible, y ayuda poderosamente de este modo á que los demas las vean, las conozcan y respeten. Por eso entendemos que la instruccion es laudable y necesaria, y que las corporaciones científicas dedicadas á la enseñanza pública y gratuita ejecutan una accion buena y meritoria.

Estas reflexiones bastarán á satisfacer á los que fijándose con ánimo estrecho en una sola época, miran con cierta timidez y recelo su influencia; acaso sean menos dóciles los que despreciando las tareas del entendimiento, anteponen á todo los intereses materiales.

Se ha creído, Señores, que haciendo á las naciones metálicamente ricas, es una cosa secundaria y fútil que lo sean en instruccion y educacion, en moralidad y en ciencia: el gigante de la industria con los cien brazos de sus máquinas pretende absorver en los talleres á la humanidad entera, y apoderándose de los hombres desde su infancia, los debilita, los embrutece, los degrada, y consume en ellos prematuramente una vida de esclavitud, de enfermedad y de miseria. ¡Deplorable condicion la nuestra que no sabe tornar á la verdad sino despues de haber apurado hasta las heces la copa de la exageracion y del error! Ayer (porque los siglos en la historia del mundo son un dia) ayer se abarrojaba la industria, se ligaban sus pies y sus manos, se la ahogaba entre limitaciones y preceptos, y hoy se la antepone á todo, se la proclama dominadora del Orbe, se la diviniza y riude culto. La ruda opresion de ayer, y la facticia apoteosis de hoy presentan igualmente á nuestra vista un gérmen de desastres y un dislate.

Los intereses materiales son muy atendibles; pero no lo son esclusivamente, no lo son de preferencia: la materia no puede disputar al entendimiento su noble y antigua primacia. ¿Qué seria de la materia sin el espíritu que la alienta y vivifica? Por haberse dejado arrastrar de consideraciones meramente terrenas y mundanas, incurrieron ciertos filósofos de un talento colosal y de una audacia aterradora en lamentables y monstruosos estravíos: negaron

Las leyes eternas é inmutables que nos rigen; harraron de la conciencia y de la historia las máximas seculares y las verdades absolutas; donde no se atrevieron á fulminar la negacion, la sustituyeron con la duda, y desde entonces la voluntad humana, la soberanía de los hombres alzó fiero y orgullosamente la cabeza en la religion, en la moral y en la política. Lo que sucedió despues no debo yo decirlo: cada uno de vosotros lo tiene profundamente gravado en su memoria.

Es ya preciso, Señores, es ya indispensable desandar el camino errado del materialismo, y es consolador decirlo, hacia este objeto se dirigen en Europa los esfuerzos de los hombres eminentes en las ciencias; es ya preciso refugiarnos de nuevo en la verdad religiosa y filosófica; en las ideas eternas de justicia, de lógica, de razon y de moralidad que son, Señores, á la vez la poesía del mundo y el génio de las grandes cosas; y puesto que la instruccion hizo ateos y materialistas, es necesario que la instruccion haga cristianos y restituya á la inteligencia sus derechos.

En los tiempos que corremos todas las luchas posibles son luchas de inteligencia y de sabiduría: los intereses intelectuales y morales, los intereses del alma son los primeros intereses del mundo y el medio mas seguro de labrar la verdadera prosperidad de las naciones. Inmensa tarea es sin embargo la que someramente vamos indicando: inmensa, Señores, porque hay que alcanzar de la religion, la impiedad helada del escepticismo; de la historia, una falsificación audaz y vergonzosa; de la política, sofismas y exageraciones; de la literatura, immoralidad y perversion; de las artes, la rigidez y la dureza de los intereses materiales; inmensa es la tarea, Señores, pero gloriosa y magnífica tambien.

Nunca están las naciones mas próximas á su decadencia y envilecimiento, suponiendo que desdeñen la inteligencia y la repugnen; suponiendo que se encierren en el círculo estrecho y mezquino de la industria; que cuando rayan en el último linde de su prosperidad material y su riqueza: abrid, Señores, la historia de los pueblos y leereis en ella con leves y marcadas escepciones que los adelantamientos intelectuales y la entidad espiritual de las sociedades, constituyen su gloria y su grandeza, y ensanchan los límites de su duracion y su existencia.

Quizá dejé correr la pluma demasiado en unas consideraciones que bastaba indicar como de paso; pero sírvame de escusa lo agradable que es para mí contribuir en algun modo á que vuestros esfuerzos y trabajos sean tan conocidos y apreciados como es justo.

Digno fruto y resultado de ellos son los adelantamientos, obtenidos por el *Ateneo* durante el año á cuyo fin tocamos. Los pormenores á que es indispensable descender para sugetarlos de un modo exacto y fiel á vuestro examen nunca pueden ser áridos y enojosos, sino por el contrario del primero y mayor interés para nosotros.

El número de socios se ha aumentado en la lenta progresion propia de un establecimiento que encerraba de antemano casi todas las personas distinguidas por su amor á las letras: no he creído con todo inoportuna la comparacion del que hoy existe con el que hubo respectivamente en los años anteriores:

Año de 1836.	295	Año de 1840.	508
Año de 1837.	311	Año de 1841.	514
Año de 1838.	334	Año de 1842.	529
Año de 1839.	495		

En cambio nunca ha ascendido á tanto el número de ausentes, con especialidad en la temporada de verano: la clasificación de los señores socios bajo este aspecto en la actualidad es la siguiente:

Sócios presentes	286	(de pago 265)
Ausentes	243	

Total	529	

Esta circunstancia ha influido, como es natural, en la recaudacion de fondos que aun siendo en este año muy inferior á la de los pasados, hubiera bastado á sufragar los gastos del establecimiento á no haberse visto la Junta de Gobierno en el caso de emprender algunas obras y mejoras de imprescindible necesidad para la casa. El alcance que resulta, anticipado generosamente por el Sr. Depositario, es de todas maneras de corta consideracion, y podrá saldarse en los primeros meses del año entrante, atendidos el número de socios que ha regresado en los dos últimos meses y el excelente método que respecto del orden interior y económico se ha seguido siempre en esta corporacion, cualesquiera que hayan sido los sujetos encargados de su direccion y régimen.

Las obras á que acabo de aludir han sido varias: ocupa el primer lugar entre ellas la reparacion y embellecimiento del gabinete de lectura. Siendo este la parte de casa mas generalmente frecuentada por todos los señores socios, estimó la Junta oportuno darle preferencia. Se cambió el antiguo alumbrado, mezquino para el ornato y molesto para los lectores, por otro nuevo en el cual ha logrado reunirse la elegancia de la forma con la ventaja de una considerable economía, y se adornó, ademas, aquel salon como aconsejaba el decoro del establecimiento y la comodidad de los señores socios. Afortunadamente no me está vedado aplaudir el celo de mis respetables colegas en la Junta de gobierno, y en especial el buen gusto de los señores conciliarios, porque no habiendo tenido en esta mejora la mas mínima parte, me asiste el indisputable, aunque triste derecho, de juzgar sin parcialidad y sin pasion acerca de ella.

El derribo de la casa inmediata que alcanzó á todo el lienzo de pared correspondiente á la biblioteca y al gabinete de física, ha aumentado tambien la suma de gastos extraordinarios y eventuales. Aprovechó sin embargo la diligencia de mis compañeros en la junta esta ocasion para hacer algunas reformas y reparaciones en las dos oficinas, especialmente en la biblioteca, que de todos modos las habia menester, siendo el mismo con escasa diferencia el desembolso, una vez removidos los estantes. Asi se ha conseguido que los libros estén custodiados mas esmeradamente y con mayor comodidad que hasta ahora. El alumbrado de esta pieza, tambien muy frecuentada, se ha mejorado en iguales términos que el del gabinete de lectura.

En la sala de conversacion se han practicado por último los reparos necesarios á fin de hacerla mas cómoda y abrigada para la estacion presente. Omito de propósito algunas otras obras de menor consideracion por disminuir la pesadez que no es posible evitar en materias semejantes, y para que no se me tache de cierta como complacencia y vanagloria al formar la relacion,

que me encomiendan los Estatutos, de útiles adelantamientos; en los cuales, debo repetirlo, no he tenido parte alguna.

De la memoria formada por el Sr. Bibliotecario, que se leerá despues, resultan los trabajos hechos para la formacion de los índices; las obras con que se ha enriquecido la biblioteca, algunas regaladas y compradas las demas, y la nota de los periódicos españoles y extranjeros existentes en el gabinete de lectura.

El estado de la instruccion, objeto principal del *Ateneo*, es afortunadamente muy satisfactorio.

Diez cátedras habia en el año anterior; diez y nueve se han establecido en el actual, la mayor parte de las cuales se han abierto ya, debiéndolo hacer las demas al comenzar el mes entrante.

Ilústranse en ellas por hábiles y acreditados profesores los ramos mas importantes de la ciencia: la enseñanza de las lenguas vivas y muertas, llave de la generalidad de los conocimientos humanos, el estudio de las bellas letras y de la elocuencia, la descripcion geográfica del globo, la esplicacion de los secretos de la naturaleza y de las reglas matemáticas, las investigaciones profundas de la filosofía, las provechosas lecciones de la historia, el examen detenido de la legislación y de la economía política, los útiles descubrimientos de la fisiología y las palabras consoladoras de la medicina, forman el satisfactorio conjunto de la sólida instruccion que proporciona el *Ateneo*.

La esplicacion oral, adoptada por la mayor parte de los profesores, contribuye á dar á sus lecciones vida, color y movimiento y á que se graven hondamente en la imaginacion de la juventud estudiosa que las oye; al paso que la lectura de disertaciones escogidas fija la reflexion de los concurrentes en el esmero y en la conciencia con que están escritas.

La asistencia á las cátedras, en la cual se notan entre una juventud brillante y aplicada, alguna frente madura y mas de una cabeza encanecida, sigue siendo tan numerosa como en los años anteriores, y aun tiene la secretaría la satisfaccion de asegurar al *Ateneo* que este año es mayor el número de los matriculados y de los que han solicitado ser admitidos como oyentes.

Vuestros trabajos, señores catedráticos, son mas bellos y mas dignos de alabanza, porque son desinteresados, porque son generosos y gratuitos, si bien recogeis como el mas halagüeño de los premios, dos recompensas de muy subido precio: la gloria que adquiere vuestro nombre y el agradecimiento entrañable de los que reciben de vosotros la luz de la instruccion y de la ciencia.

Las cátedras establecidas son:

- *Administracion.* D. Miguel Puche y Bautista.
- *Aleman.* D. Julio Kün.
- *Arabe.* D. Serafin Estébanez Calderon.
- *Economia política.* D. Eusebio María del Valle.
- *Elementos de arqueologia universal.* D. Basilio Sebastian Castellanos.
- *Elocuencia forense y parlamentaria.* D. Fernando Corradi.
- *Filosofia ecléctica.* D. Tomas García Luna.
- *Fisiología.* D. Jaime Salvá.
- *Geografía.* D. Francisco José de Fábre.
- *Historia de la civilizacion de España.* D. Fermin Gonzalez Moron.
- *Historia del gobierno y de la legislación de España.* D. Pedro José Pidal.
- *Legislacion.* D. Joaquin Francisco Pacheco.
- *Literatura española.* D. José de la Revilla.

Matemáticas. D. Alfredo Adolfo Cámos.
Medicina. D. Enrique Lazen.
Medicina legal y forense. D. Bartolomé Obrador.
Propiedad del idioma griego. D. Saturnino Lozano y Blasco.
Propiedad de la lengua francesa. D. Mariano Nicolas Perez.
Zoología. D. Juan Mieg.

Las secciones han contribuido también con sus conferencias semanales al aprovechamiento y esplendor del Ateneo; pero temiendo dar demasiada extensión á esta memoria, me limitaré á hacer una ligera indicación de sus trabajos.

La primera seccion encargada del exámen de las ciencias morales y políticas ha empleado sus sesiones en la ilustración de varios problemas interesantes de economía política y social por el orden siguiente:

«¿Qué lugar ocupa la economía política entre los conocimientos morales y políticos del siglo XIX? ¿Es una verdadera ciencia? ¿Cuál es su autoridad en los momentos actuales, cuál será en el porvenir?»

La aplicación de la libre concurrencia á la industria tal como hoy existe; ¿es útil ó nociva?

¿La libertad de comercio es provechosa ó perjudicial para la España?

Exámen del socialismo y del individualismo: inconvenientes de estos dos principios considerados cada uno de por sí y aisladamente: ventajas que podrían resultar de combinarlos y acordarlos de una manera prudente y racional.»

Ocioso es decir que en la discusión de estos temas importantes han campeado la crítica seria y mesurada, la profundidad de conocimientos, la imparcial apreciación, y el buen gusto en el decir; vinculado patrimonio de una seccion que hace honor al *Ateneo* por la clase de personas que la componen, y por la trascendencia de los debates á que se consagra.

Las secciones segunda y tercera, reunidas de comun acuerdo para el objeto de sus trabajos por la relacion íntima de las ciencias naturales y fisico matemáticas que forman su instituto, no han podido desgraciadamente dedicarse en el año actual á las tareas científicas que les están encomendadas en nuestro reglamento con la asiduidad y detenimiento de costumbre por enfermedad de algunos de sus individuos, ausencia de otros y ocupacion de los demas. Han empleado con todo, no sin fruto, estas dos secciones el escaso número de conferencias que les ha sido posible celebrar en la discusión de los temas que á continuacion se espresan:

«¿Son ó no suficientes los signos exteriores para conocer las tendencias morales de los individuos?»

Estado de la mineralogía y de la geología en España: necesidad de que el gobierno adopte medidas eficaces para facilitar el estudio de estas ciencias causas que impiden su progreso entre nosotros.»

La seccion de literatura y bellas artes, cuarta y última en el orden fijado por el Reglamento, pero una de las primeras en utilidad y en importancia, merced á los distinguidos literatos que cuenta en el número de sus recomendables individuos, ha sostenido también con aplicación y esmero la buena reputacion del *Ateneo*.

El orden con que ha disendido las materias de su competencia es el siguiente:

«Determinacion y exámen de los verdaderos caracteres de la poesia española.»

Influencia de los ingenios andaluces en nuestra poesía.

En el estado actual de nuestra literatura, y atendidas las circunstancias morales y políticas de España ¿puede haber un teatro verdaderamente nacional?

Exámen del influjo que ha egereido la literatura clásica en la literatura europea de los tiempos modernos.

Los señores sócios que han asistido á estas brillantes y amenas conferencias, dechado de buen gusto, honroso testimonio de sólidos estudios en la literatura española y estrangera, y muestra consoladora de que se hacen esfuerzos venturosos por conservar en todo su vigor y lozanía á la antigua, rica, elegante y armoniosa lengua de Castilla, no estrañarán que tengamos una satisfacción íntima y viva al ofrecerles como escasa, pero sincera recompensa, nuestro pobre aplauso.

Hasta aquí, señores, he desempeñado una tarea satisfactoria y grata enumerando las ventajas obtenidas por nuestra corporacion en el año que fenece: réstanme ahora tristes y penosos deberes que cumplir. El *Ateneo* de Madrid ha sufrido grandes y sensibles pérdidas en las personas de algunos de sus sócios. Cuéntanse entre ellos el Excmo. Sr. D. Pedro Agustín Giron, duque de Ahumada, el antiguo mariscal de campo D. Juan Palarea, y los señores don José Maria Pantoja y D. Antonio Aquilino de Aguilera dignísimos oficiales del ministerio de la Gobernacion en otra época. Militar instruido y valiente el duque, atinado estadista, leal y pundonoroso caballero; general infatigable y cargado de servicios el malogrado Palarea, de una firmeza inflexible en épocas difíciles de mando, idólatra de su patria, fenecido en la persecucion y en la desgracia; empleados celosos los Sres. Aguilera y Pantoja, dotados de ilustracion y de conocimientos en el ramo administrativo á que pertenecieron, hombres severos y probos por carácter, han dejado en nuestra estimacion y en el catálogo de nuestra sociedad un vacío que no podrá llenarse fácilmente. Depongamos, señores, sobre el sepulcro de estos varones respetables el honroso testimonio debido al mérito, á la amistad y á la memoria de sus virtudes que, muertos ellos, existe entre nosotros.

Circunstancias deplorables, cuya consideracion es enteramente agena del *Ateneo* como cuerpo científico, nos han arrebatado con harto dolor nuestro el tributo de luces y talento que rendian á su esplendor y fama personajes de alta celebridad en nuestros fastos literarios. Dos años son contados desde que no concurren á aumentar el brillo é interes de nuestras conferencias sus voces elocuentes, escuchadas siempre con avidéz y religiosa atencion entre nosotros. Séame lícito, señores, hacer fervientes votos porque los restituyan á nuestro seno, y los devuelvan á su patria, una fortuna adversa y una tierra estraña.

Al dar fin, señores sócios, á esta pálida reseña de vuestras útiles tareas, siento un verdadero placer en recordaros que entre vosotros se encuentran los nombres distinguidos de los que han adquirido una reputacion merecida en las ciencias y en las letras: entre vosotros tambien los que se afanan por alcanzarla, imitando el noble ejemplo y marchando en pos de tan ilustres huellas; pero la humanidad os dice al mismo tiempo por mi labio que la gloria literaria impone deberes sagrados y entusiastas como ella: á vosotros, señores, incumbe derramar á manos llenas en medio de la incertidumbre que estraavía los ánimos y de la debilidad y apocamiento moral que los abruma, la luz de la instruccion y de la ciencia; á vosotros incumbe un apostolado magnífico, el

de predicar con la fé viva de los mártires, que la religion, la moral y el órden público son necesidades eternas para los pueblos y los únicos apoyos en que se asientan sólidamente los Estados: á vosotros incumbe profetizar con voz inexorable que cuando aquellos principios fundamentales son hollados, dominan en el mundo con su cetro de hierro, pero dominan pasageramente, el crimen, la impiedad y la anarquía.

Madrid 29 de diciembre de 1842.

FERNANDO ALVAREZ.

 LA HIJA 

DE JEPHTÉ.

POR ANA MARÍA.



BENDITO Y ALABADO SEA POR SIEMPRE EL ETERNO!

Ha creado los cielos para que cuenten sus maravillas á la tierra, ora los haga fulgar con las brillantes lumbreras del dia, ora permita á la noche que los vele con sus misteriosos y encantados crespones. Ha hecho la tierra para ostentar la pompa de su magnificencia, y ser loado por sus esplendores. Ha hecho al pájaro para que cante; las flores para que se abran á los besos perfumados de la primavera; los vientos para que vuelen en las llanuras; todas las cosas y todas las criaturas para que le alaben y bendigan en el goce feliz de la existencia que les presta. Solo el corazon del hombre es el que ha sido creado para alabar y bendecir igualmente su bondad, así en la dicha como en las lágrimas; así en la tristeza como en los placeres; así en la cumbre de sus venturas de un dia, como en los abismos de sus desgracias tambien efimeras. Pues la vida del hombre en la tierra no es mas que un tránsito á su verdadera vida: y qué importa lo que llene este rápido tiempo!

Gloria á Dios!
Bendito y alabado sea por siempre el Eterno!

I.
Al declinar una tarde de estío, tarde colmada de las blandas armonías del oriente, Seída, hija de Jephthé, vagaba con sus compañeras en las praderas balsámicas que se estienden á la sombra de las rocas de Maspha. Jephthé llegado poco hacia de una espedicion lejana, complaciase en seguir con su vista los menores movimientos de su hija adorada, dotados aun de las gracias de la infancia, y se decia en su corazon:—Dichosa es la juventud, porque ignora. Goza, goza, hija mia; embriágate con las delicias de la inocencia y de los años primeros.

La bella Seída solo había visto lucir diez y seis primaveras, y su corazón se abría al blando influjo de los placeres de la vida, así como la tierra que pisaba florecía al de los célicos rayos del sol de la Judea.

— Cuán bella es la vida! decía la tierna virgen, aspirando las brisas acariadoras de tan hermosa tarde, y el perfume de las flores, y los frescos aromas que de todas partes se exhalaban en torno de ella. Cuán dulce es el canto de las aves ¡Qué florida la yerba! Qué puro y nacarado se desliza ese manantial! Y ese sol que parte para ir á regocijar otros ojos, de que reflejos tan suaves colora el horizonte! Las estrellas brotan despues una á una sembradas en el cielo por la mano divina, así como en la primavera las flores de nuestros prados. Las unas nos envían sus trémulos rayos, las otras sus perfumes, y nosotros estamos colocados entre las flores del cielo y las de la tierra para aspirar todos esos placeres. Ah! qué morada tan risueña es este mundo! la alegría y la dicha se exhalan de cuantos objetos nos rodean.....

Y Seída jugueteaba con sus compañeras. Formaban danzas de encantadores grupos, y las animaban con sus cánticos, á los que respondían bandadas de pájaros que daban al crepúsculo sus últimos gorjeos. Y la luna trasmontaba las montañas, y el cielo se ornaba de sus estrellados pabellones. Cantaba el agua y murmuraba el ramaje cadenciosamente; el viento ondulaba con dulce languidez. Todo respiraba paz y amor. Oh! las ilusiones del corazón felice de la juventud, al par que embellece la naturaleza, hacen recibir de ella emociones inexplicables.

A veces interrumpía sus juegos y se acercaba á la fuente en que su padre estaba sentado bajo las palmeras; besaba su frente melancólica, recibiendo en cambio una tierna mirada, y luego continuaba sus cánticos; ó bien deteníase de repente, y contemplaba inmóvil la deslumbradora escena que la rodeaba, y su alma bebía en aquellas fértiles llanuras, en aquellos encantados paisajes del Oriente, una de esas venturas que embriagan el corazón en aquel momento inefable en que se hallan enlazadas la infancia y la juventud.

Jephté, taciturno y sombrío, permanecía inmóvil contemplándola: sus ojos de padre la seguían con una mezcla de orgullosa ternura y tristeza amarga. Una lágrima brillaba á veces en sus párpados. Despiertan tantos melancólicos recuerdos en nuestra alma los transportes infantiles! También hemos sido jóvenes, también hemos soñado la dicha, y esa dicha ha huido ante nuestros ojos, y solo el dolor nos ha acompañado fiel! El rostro de Jephthé, envejecido por las luchas de su alma, mas aun que por la huella de los años, atestiguaba una vida triste y tempestuosa.

Pero la doncella triscaba alegre con sus compañeras sobre la yerba florida. Aseméjase á la tierna gazela que recorre selvas y oteros para gozar, cobrando nueva vida, de las libres auroras. Luego, en un transporte de su infantil regocijo, vino á echarse en los brazos de Jephthé, y exclamó:

— Padre mio, por qué soy tan venturosa? Te he oído decir muchas veces que la tierra es una triste morada. ¿Como, pues, es todo aquí tan bello, y por qué nuestro corazón es tan accesible á la esperanza y á la dicha?

Jephté estrechó á su hija entre sus brazos, y no la respondió mas que con un profundo suspiro.

— Es quizá, porque así nos parecen las penas mas amargas? dijo la jóven estremeciéndose, advertida sin duda por algun secreto presentimiento.

— Seída, hija querida de mi tierna esposa Michol, tú eres jóven como el pájaro que acaba de ver nacer las plumas de sus alas; él no conoce, como tú,

sino el caliente nido en que ha pasado sus primeros días; no sabe ni el rigor de los inviernos, ni la fuerza y la violencia de las tempestades. ¡Ojalá siempre te preserve el cielo de conocer las desgracias de que está sembrada la tierra!

Así como basta un soplo ligero de viento para lanzar una nube entre el sol y el paisaje que doraba con sus fúlgidos rayos, así las palabras de Jephthé han oscurecido toda la serenidad de Seída.

— Tristes son tus palabras, padre mio, dijo la doncella. ¡Ah! ellas depertan en mi corazón sentimientos que siempre quieren cobrar vida en él, y que yo he logrado ahogar en su cuna. Jamás te lo he dicho (pues la guerra y los combates te arrastran á menudo lejos de mí); pero al través de este infantil regocijo que de continuo me embriaga, así como á la cigüeña después de las vendimias, siento yo no sé qué inexplicable dolor, qué vago presentimiento esparcirse de repente en mi ser.... ¿Cómo, pues, puedo sentirme á la vez feliz y triste?

— Ah! dijo Jephthé, el hombre en este suelo vive de venturosas memorias y funestos presentimientos. Recuerda confusamente su primer estado, tan hermoso, tan grande, que causará envidia á los ángeles rebeldes; y desmaya al considerar la falta que nuestro primer padre le ha transmitido.

Seída se puso pensativa.

— Y jamás podría, dijo, rescatarse ese pecado? y el hombre desterrado del Eden, y relegado lejos de su Dios, arrastrará siempre esa cadena á sus pies?

— Hija mia, aun es temprano; tiempo vendrá en que una grande víctima anunciada al pueblo escogido de Dios, bajará á la tierra; ella lo espiará todo, y tornará al hombre el rango que ha perdido.

Nuestra raza, raza bendecida por Jacob, debe verla aparecer un dia de entre ella. Bendita sea por todos los que en ella esperan!

— ¿Cuándo vendrá á rescatarnos? añadió la doncella.

— Aun está lejos el tiempo de esas maravillas; pero la esperanza nos ha sido ofrecida, y viviremos siempre fijo en la mente de tan alto pensamiento.

— Oh! qué venturosas serán las entrañas donde seá concebido! exclamó Seída, y una lágrima corrió de sus párpados; inclinóse su cabeza sobre su seno, y una nube sombría se esparció sobre su frente.

Jephthé miró á su hija, bella, seductora y solitaria como la flor que crece en el flanco de una roca. Un suspiro se escapó de su pecho.

— Oh! sí, exclamó, tres veces dichosa y bendita la casa de que deba salir! A todo hebreo puede lisongear la gloriosa esperanza de ser ascendiente del Salvador. Pero malhadada, tres veces malhadada la raza que deba extinguirse, sin dejar mas huella en su corto tránsito que la que deja el agua en la árida arena del desierto!

Y Jephthé parecia sumergido en una tristeza llena de ira y amargura.

— ¿Por qué dices esas palabras, padre mio? dijo Seída tímidamente.

— Por qué? por qué? replicó Jephthé. Oh! bien puedes preguntarlo! Porque estamos desterrados, querida mia; porque hemos sido lanzados lejos de nuestra heredad y de nuestra familia, y quizá nunca mis manos estrechen para tí los vínculos de una venturosa union.

— Lo sé, padre mio, lo sé.... sí, estoy desdeñada por aquel que.... Pero, añadió, domando su dolor, no estamos todos espatriados sobre la tierra? Sí, la pena del destierro no es la de todos los hombres? Suframos sin murmurar.

ese á que ellos nos han condenado, como aquel que Dios nos impuso por el pecado de nuestros primeros padres. Valor, padre mio, no torneis á abrir todas las llagas de vuestro corazon, continuó la jóven, rodeando á su padre con sus brazos; ¿no me habeis prometido tantas veces olvidar á los ingratos que han causado vuestros pesares? Sí, me habeis dicho que mi ternura reemplazaria á todos los bienes que habeis perdido. Oh! dejadme distraeros con mis tiernas caricias, y tambien con esos cantares que tanto amais.

Y la cándida vírgen enjugando furtivamente sus lágrimas, llamó á sus compañeras que se habian alejado, hízolas traer su arpa de marfil, y mezclando sus palabras á dulcísimas melodías, permaneció largo espacio celebrando los encantos de la naturaleza dormida, la armonía deliciosa de una noche estrellada, y los campos de la tierra feliz, que en vano Moisés deseára disfrutar. Dió gracias al Señor por haber permitido que su padre habitára aquel hermoso país, prometido tanto tiempo hacia á los hijos de Israel, y cuyo aspecto era tan seductor. Y poco á poco se calmó el pecho de Jephthé, antes alterado como un mal combatido por los vientos; y Seída vió brillar una lágrima en sus ojos.

— Hija mia, dijo, mi dulce Seída, tu presencia y tu acento son grato bálsamo á mis dolores. Que el Eterno derrame sobre tí los dones de que ha privado á tu padre!—Y sus lágrimas corrian aun, pero sin amargura. Quizá la esperanza, una noble esperanza habia encontrado abrigo en su pecho, mientras que Seída le adormia con sus cantos. ¿No es la música una lengua divina, cuyos acentos vibran en el fondo del alma como palabras misteriosas de ella sola comprendidas?

Y luego, cuando la noche hubo esparcido sus sombras sobre todos los objetos, dejaron las márgenes del manantial, y subieron á Maphá, á la ciudadela de negras almenas, donde el caudillo moraba.

II.

Quince años hace que Jephthé, amargado el corazon por un justo resentimiento, vive en las gargantas de las montañas de Galaad, en los confines del país de Tob.

Ha construido en lo alto de los peñascos una ciudadela inaccesible, y se ha rodeado de audaces compañeros. La mayor parte de estos son hombres turbulentos sin ley ni hogar, gente malquista y desterrada de su tribu, como impura canalla. Jephthé los encontrara arrantes como él en los lugares salvajes é inhabitados, poseidos de hiel y amargura contra sus semejantes, y los reunió, cierto desde luego de someterlos á sus órdenes, pues es hombre dotado de poder y dominacion.

Cuando se hallaron en gran número:

— ¿Quién nos mandará? exclamó un día la cohorte indomada.

Aquel que hubiera recibido de los hombres mas ofensas, respondió un feroz benjamita que permanecia apartado con semblante acerbo; es menester que estemos seguros de encontrarle implacable para con nuestros enemigos.

— ¿Y quiénes son vuestros enemigos?

— Todos los hombres.

Jephthé se sonrió con amargura.

Contó cada cual su vida pasada; vida de desórdenes y de violencias, de orgullo y crimen, cuya relacion hubiera hecho empalidecer á cualquiera otro que á Jephthé.

Este debía contar también su historia, y la causa de encontrarse, como ellos, fuera de su país natal. Hé aquí lo que él narró á aquellos hombres:

Habia nacido en Galaad, ciudad de las mas fuertes en la tribu de Manasés. Su padre, llamado Galaad, nombre igual al de su ciudad, era príncipe y señor de ella, y debía trasmitirse su poder al mayor de sus hijos. Pero Jephthé, su primogénito, el audaz Jephthé, no obstante su altivo corazón, era hijo de una muger estrangera, de una cautiva, decian, que Galaad habia traído de algun combate, y que jamás habia obtenido los derechos de verdadera esposa. Una muger estrangera no podia ser la esposa de un hijo de Moisés. El dolor y la vergüenza abreviaron sus días, que todos habian sido tristes y azarosos: pocos años despues Galaad habia cesado de vivir.

Entonces los hijos de la esposa ante la ley, se habian hecho dueños de la ciudad, espulsaron á su hermano Jephthé de sus hogares; le desterraron, con su muger desecha en lágrimas, y que despues murió cercada de todas miserias, y con su hija, criatura aun en la cuna, riente y bella en medio de las lágrimas que veia correr.

Le habia sido, pues, preciso dejar su heredad, las riquezas entre las cuales habia siempre vivido, y á todos aquellos de que él se creyó amado, aquellos que en su jóven confianza él habia querido con ternura, y el techo de sus padres y las cenizas de su madre calientes aun, para ir, pobre y despreciado de todos, á buscar un refugio en medio del desierto, y entre los animales salvages, con la vergüenza en el corazón, y la necesidad de venganza por solo compañero de su destierro.

Al concluir su historia, el corazón de Jephthé parecia pronto á estallar iracundo, como en el día de la fúnebre partida.

— ¡Que él nos mande! exclamaron á una voz todos sus compañeros; este ha sufrido bastante para que nunca pueda dar cabida al perdón.

Y sin embargo, para hallar un caudillo implacable, quizá hubieran debido escogerle, no entre los mas ofendidos, sino entre aquellos de quienes los hombres tuvieron mas que lamentarse. Esos son, sí, esos son aquellos cuya venganza es sin misericordia.

No importa, ellos le han escogido... Jephthé está á su cabeza, y les conduce por todas partes.

Bien pronto esta horda feroz se hizo el terror de las naciones vecinas, cuyas fronteras infesta. A menudo caen de improviso sobre los países de Moab y de Ammon. Los amorreos los ven también lanzarse sobre sus rebaños; roban sus vacas y ovejas; se apoderan de sus camellos cargados de ricos tegidos que conducen de los países lejanos, ó de las otras riquezas que el comercio les trae. Luego, despues de estas expediciones, Jephthé lleva á sus guerreros á las montañas, en medio de las cuales él mora, como el águila en su guarida, rico, poderoso y temido de sus vecinos, y también de su país y de sus conciudadanos, que se dicen empero, viendo que con ellos siempre es indulgente.

— Oh! si estuviese con nosotros!...

Si estuviese con nosotros el enemigo no arrasaría en vano nuestro patrimonio; no en vano nos oprimiria!

III.

¿Pero por qué la faz del caudillo está siempre sombría como la noche? Todo prospera, no obstante, en torno de su morada; su poder aumenta, y

todo se doblega ante su voluntad.... Pero quién sabe? ese corazón henchido de odio y cólera, ese hombre hostil á sus semejantes, estaba hecho quizá para alimentar otros sentimientos!... Cuando en la tarde queda solo, apoyado contra las almenas de su torre solitaria, se le ha oído gemir muchas veces.

¿Llora quizá á su familia y á la ciudad de sus padres, cuyas murallas puede á lo lejos distinguir en el horizonte? Trae á su memoria á sus hermanos, los ingratos que le han desterrado de su corazón, y arrojado de su patrimonio? Empero, él se ha alzado de su oscuridad; se ha creado una vida de fuerza y dominación; mas poderoso es hoy que nunca hubiera podido serlo sin su indignidad, que lo ha hecho cuanto es; si ahora es dueño de ejecutar su omnimoda voluntad, sus enemigos son los que deben temer. Pero tal vez se lamenta de no poder emplear su talento, su fuerza, su poder en una santa causa. Oh! las almas profundas tienen secretos que se guardan á sí mismas!

O bien, ¿no podría ser el orgullo herido el que estiende su malévolá influencia hasta el fondo de su alma? ¿No ruedan en su mente horribles proyectos de venganza contra aquellos de que harto arrojó la injusticia?

Cuando el dolor no se amengua con los años, se emponzoña y dá pábulo á las maquinaciones mas infernales. Cada día acrece en ferocidad y rudeza el humor de Jephthé.

En vano Seída intenta calmarle. Procura con su dulce rostro sonreír á su padre; con sus cuidados, con sus tiernas caricias intenta desarrugar aquella frente que las sospechas anidan. Canta durante la comida para alejar de él los pensamientos tristes; y su voz, dulce y melodiosa como la de los pájaros de la noche, su voz apaciguaria las tempestades, y haria que los vientos acallasen para escucharla.

Pero cuanto mas encantadora está Seída, tanto mas Jephthé parece oprimido por agudos pesares. Ornala de perlas y brazaletes de oro de Ophir; despojos de sus triunfos. Una reina estaria celosa de sus brazaletes, collares y pendientes. Tráela de cada expedición bandas de la mas fina púrpura de Tiro, y los mas hermosos tegidos de Bozra, y las blandas y delicadas telas que se tiñen en Sidon. Pero qué importa que ella sea rica y bella, y radie juventud é inocencia, si es preciso que esta flor celestial no brille mas que en un desierto!

— Oh! exclamaba en su ulcerado corazón, mis manos no anudarán nunca para ella felices lazos? El himno sagrado de las nupcias no resonará jamás en su oído? El hijo de mi hermano, el hombre que nuestras leyes le destinan para esposo, busca, lo sé, otra alianza; y mi hija, la hija de aquel que ellos han desterrado, se marchitará desdeñada por aquel cuya casa debia ornar.

Esta era, pues, la llaga siempre sangrienta del corazón de Jephthé. Y amenudo su pecho se alteraba al embate de su rabia: hubiera querido verter por todas partes el odio y la venganza que en él hervian. Y para acallar los sentimientos violentos que le acosaban, lanzábase en pos de nuevos azares, arrasaba el país, y se hacia cada vez mas temible á sus vecinos. Así el león herido por el cazador, esperece la carnicería, el espanto en las selvas, y no puede calmar su furor mientras que el hierro agudo permanece hundido en su costado.

(Se continuará.)

AL LLANTO DE LA REINA.



¿Cómo esos puros ojos, oh Señera,
Reina de esta nacion de caballeros;
cómo están eclipsados ; ay ! ahora
esos tus dos luceros
en que la luz de España se atesora?

¿Llanto, Paloma real ! ¿los vela el llanto
esos ojos dó el júbilo se vía ;
únicos, en la de hoy fortuna impía
de universal quebranto,
astros para nosotros de alegría?

Si tú lloras tambien, oh Reina nuestra,
tú la esperanza de la triste gente ;
aurora de un oriente
que en un cielo sin límites se muestra,
orlando en luz á la nacion la frente ;

Si en el comun dolor que nos aqueja
tambien tú lloras ; ay ! ; y te oscureces,
estrella que con creces
de la alta cumbre el resplandor refleja :
¿á dónde España elevará sus preces ?

El llanto te sofoca
y en tus ojos palpita retenido.
¿Qué ambicion torpe y loca,
oh Reina de la España, te ha ofendido,
á tí que el Sol á dominar te invoca !

¿No era bastante ya la desventura
y horfandad que te mece en su regazo,
oh régia criatura,
que mueve aun la ingratitude su brazo
para herir con sus golpes tu ternura !

No bastan, no, los enconados males
que á su patria los pérfidos trageron,
penas universales

que de su alma en el tósigo surgieron,
engendrando de lágrimas raudales.

¿Olvidaron ya acaso
la historia de su honor los españoles
y torcieron el paso,
y los antiguos tan gloriosos soles
murieron para siempre en el ocaso ?

¿Oh tu paloma nuestra, oh tú señora
que en tan aciago tiempo la luz viste ;
pues ya no hay españoles, en mal hora
á la España naciste.
Huérfana sin consuelo, llora, llora.

Ay ! que por cada lágrima arrancada
á esos tus ojos que la hispana gente
llorar vé, sosegada ;
de sangre y de desastres un torrente
brota en esta nacion degenerada.

Ay ! que ya se presenta el día infando
en que, aunque el dolo y la maldad se ensalce
como estamos mirando,
la tierra en derredor se asombre y se alze,
"Execracion ! Execracion !" clamando.

¿Dia fatal de espiacion que en duelo
anegará esta tierra tan querida ;
¿y quién sino nosotros, quién al cielo
clamará en voz dolida
por paz á los ingratos á este suelo ?

Nosotros, Reina á quien el sol adora ;
y aunque llorando estás huérfana ahora,
á tí, á tí acudiremos ;
que en el bien y en el mal y á toda hora
solo á tus brazos acudir sabemos.

ILDEFONSO OVEJAS.

